

# Capitalismo: un sistema en crisis

HENRY VELTMEYER\*

El avance del capital «extractivo» en busca de recursos durante las últimas dos décadas auspiciado por el proceso de desarrollo capitalista, junto con el estallido de la pandemia de la COVID-19, ha puesto de manifiesto la propensión sistémica del capitalismo a la crisis. El propósito de este artículo es reconstruir el funcionamiento de las fuerzas detrás de esta tendencia sistémica en el contexto actual del desarrollo capitalista en la era de la globalización neoliberal. El argumento es que la crisis sistémica del capitalismo global, que adquiere formas diversas, multifacéticas y cambiantes, se remonta a las fuerzas de cambio liberadas y asociadas con la transición del desarrollo dirigido por el Estado al capitalismo de libre mercado dominado por la expansión del capital financiero, y en la periferia del sistema mundial por el avance del capital «extractivo». Este avance ha liberado fuerzas de cambio que se han movilizadо hacia la derecha y a la izquierda, exponiendo fisuras y fallas que están empujando al sistema hacia, y más allá de, los límites de su funcionamiento normal. Que las fuerzas de resistencia al avance del capital en este contexto de crisis sistémica sean lo suficientemente poderosas como para alejarnos del borde y provocar un proceso de cambio transformador (desarrollo poscapitalista) es todavía incierto y está por verse.

Los avances del capital «extractivo» en el proceso de desarrollo capitalista en las dos décadas del nuevo milenio, junto con la grave crisis social por la que atraviesa América Latina y las crisis climáticas, como el calentamiento de los océanos, y el estallido de la pandemia de la COVID-19, han puesto de manifiesto la propensión sistémica del capitalismo hacia la crisis, desnudando en el proceso las contradicciones y desigualdades del capitalismo.

Resulta que América Latina provee un contexto muy oportuno para un análisis de las dinámicas del desarrollo capitalista en condiciones de una crisis sistémica multifacética de proporciones globales. Esto es porque es posible argumentar que América Latina ha vivido en su forma más aguda las contradicciones del sistema, y la región se puede considerar como un virtual laboratorio de

experiencias sobre las fuerzas de la resistencia a los avances del capital y experimentos con modelos alternativos.

El propósito de este capítulo es reconstruir en líneas generales las dinámicas de esta tendencia sistémica en la coyuntura actual del proceso de desarrollo capitalista en la época de la globalización neoliberal. El argumento que se presenta es que las formas diversas y cambiantes de la crisis, una crisis sistémica y multifacética de escala y proporción globales, se remontan a las fuerzas de cambio asociadas con la transición de un periodo de desarrollo dirigido por el Estado (el Estado desarrollista) a la época neoliberal, un periodo de capitalismo de libre mercado dominado por la expansión del capital financiero y la financierización de la economía en la periferia del sistema, junto con el avance del capital «extractivo» en la

\*Docente investigador, Unidad Académica en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas, México

periferia. Este avance ha liberado y dado forma a fuerzas de cambio que se habían movilizadado en unas circunstancias hacia la derecha y en otras hacia la izquierda, exponiendo en el proceso fisuras y contradicciones que están empujando el sistema hacia más allá de sus límites. Queda por ver si las fuerzas de resistencia a los avances del capital financiero y extractivista en este contexto de crisis son suficientes para generar un proceso de cambio transformador, o si apuntan en dirección de una utopía u otra distopía.

En este capítulo se presentan las dinámicas fundamentales de este proceso de desarrollo capitalista en la región. El argumento se construye de la siguiente manera: primero, se establecen las contradicciones que definen el sistema y promueven una propensión hacia la crisis; segundo, se discuten los ciclos de desarrollo y de la resistencia que resultan de estas dinámicas; tercero, se analizan en forma general las dinámicas de la nueva geoeconomía y geopolítica de capital extractivo en la región, dando hincapié a sus impactos socioambientales y a las alternativas que se han presentado al extractivismo.

### Las contradicciones del desarrollo capitalista

Una de las tendencias fundamentales del desarrollo capitalista, formada dentro del marco institucional y político del «nuevo orden mundial» de globalización neoliberal instalado en la década de 1980, es el resurgimiento de una estrategia de desarrollo basada en el extractivismo: la extracción de recursos naturales y la exportación de estos recursos en forma de productos básicos primarios.<sup>1</sup> Nada define tan claramente una estrategia extractivista como la noción de «contradicción», un concepto vital para una comprensión de las dinámicas del desarrollo capitalista.<sup>2</sup> Los teóricos marxistas a lo largo de los años se han centrado en dos contradicciones básicas del desarrollo capitalista, a saber, la relación capital-trabajo que da lugar a una lucha de clases por la tierra y el trabajo, una lucha que dominó el panorama político de países de todo el mundo en el siglo XX; y la contradicción centro-periferia del sistema capitalista mundial, que se manifiesta en la dinámica de dependencia y desarrollo capitalista desigual en

la periferia del sistema mundial. Un análisis de la dinámica extractivista del capitalismo —el avance del capital en la frontera extractiva— ha puesto en el plano de una contradicción fundamental hasta ahora menos restada o ignorada por los marxistas, a saber, una contradicción entre la dinámica de acumulación de capital y los fundamentos ecológicos del sistema y del proceso de desarrollo.<sup>3</sup>

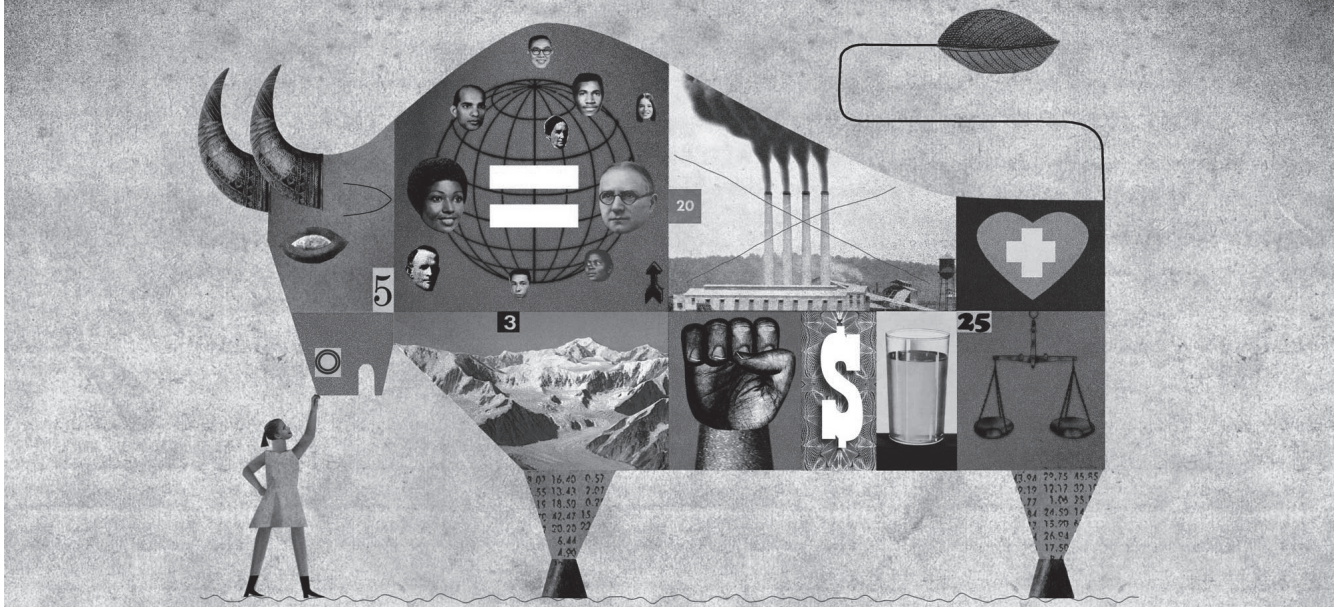
En el contexto actual del desarrollo capitalista en la era de la globalización neoliberal, la interacción de las fuerzas generadas por la intersección de estas contradicciones ha dado lugar a una crisis sistémica multidimensional de proporciones globales y potencialmente catastróficas.<sup>4</sup> La primera manifestación de esta propensión a la crisis fue a principios de la década de 1970, que puso fin a un periodo de crecimiento económico de dos décadas sostenido por el constante avance de la clase trabajadora (trabajo) en cuanto a salarios y mejoras en las condiciones de trabajo. Este avance resultó en parte de un pacto social entre el capital y el trabajo en el que el último recibiría una participación proporcional en cada aumento del crecimiento de la productividad. En esta década la «edad de oro del capitalismo» (veinte «años gloriosos» de crecimiento económico sostenido) llegó a su fin en una crisis de sobreproducción en todo el sistema, que tomó la forma de un lento ritmo o descenso en la tasa de la productividad y una *stagflation* (una combinación de alto desempleo y un aumento disparado de los precios de las mercancías), que a su vez redujo la capacidad de consumo en la población, acentuando la crisis.

<sup>1</sup> Sobre este concepto de extractivismo y los debates en el contexto latinoamericano, véase, entre otros, Gudynas (*Extractivismos. Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la naturaleza*, Bolivia, CEBID, 2015), Svampa (*Las fronteras del neoextractivismo en América Latina*, Bielefeld University Press, 2019), Veltmeyer y Petras (*Neoextractivismo: ¿un nuevo modelo para América Latina?* Londres, Zed Books, 2014). La estrategia extractivista dominó la política pública de los gobiernos latinoamericanos durante todo el periodo del dominio colonial desde el siglo XV hasta el XIX, pero la estrategia en ese momento se basaba en la explotación imperialista más que en el capitalismo: el extractivismo imperialista (Henry Veltmeyer y James Petras, coords., *El neoextractivismo. ¿Un modelo posneoliberal de desarrollo o el imperialismo del siglo XXI?*, México, Crítica, 2014a). El extractivismo también definió la estrategia macroeconómica que siguieron los gobiernos latinoamericanos, o les impusieron, en la época posterior del capitalismo industrial, que Lenin denominó como «imperialismo, la fase más avanzada de capitalismo».

<sup>2</sup> D. Harvey, *Seventeen contradictions and the end of capitalism*, London, Profile Books, 2014.

<sup>3</sup> Estas son las tres contradicciones discutidas aunque Harvey (*op. cit.*) conceptualizó hasta 17 contradicciones del sistema capitalista. J.B. Foster, «Capitalism and ecology: the nature of the contradiction», *Monthly Review*, vol. 54, núm. 4, 2002, pp. 6–16; J. Martínez Alier, *El ecologismo de los pobres. Un estudio de conflictos ecológicos y valoración*, Cheltenham, Edward Elgard, 2002; A. Acosta, *La maldición de la abundancia*, Quito, Abya Yala, 2009.

<sup>4</sup> Existe una abundante literatura sobre las dimensiones económicas y ecológicas de la crisis global del sistema, recientemente Edgardo Lander, profesor de ciencias (retirado) en la Universidad Central de Venezuela y profesor invitado en el programa de Doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad Andina Simón Bolívar en Quito, publica *La crisis terminal del patrón civilizatorio de la modernidad colonial*, Bielefeld University Press, 2019.



En la década de 1970 se registró una serie de acciones estratégicas y cambios estructurales asociados con la búsqueda de una salida a la crisis. Esto incluyó el abandono por parte del capital del pacto social con la clase trabajadora (el acuerdo capital-trabajo) y una serie de medidas adoptadas a nivel de política pública; es decir, mediante el activismo del Estado en la formulación de políticas destinadas a reducir la participación de la mano de obra en el producto social (ingreso nacional) para aumentar la capacidad de la inversión productiva de capital. Esta estrategia, el arma principal utilizada por el capital en su guerra contra la clase trabajadora, tenía como fin revertir los avances de la clase trabajadora a lo largo de tres décadas de lucha.<sup>5</sup> Estas acciones, según algunos relatos, que en la década de 1980 habían asumido la forma de una «contrarrevolución conservadora» a los avances incrementales logrados por el trabajo a lo largo de varias décadas,<sup>6</sup> tuvieron un cierto éxito en el sentido de que (al menos en algunos relatos) durante la década tuvo lugar una disminución relativa de la participación del trabajo en el ingreso nacional alrededor de 10% en el caso de la mano de obra estadounidense, y hasta 50% y más en el caso de los trabajadores de la periferia latinoamericana del sistema. Otra estrategia anticrisis implementada desde la década de 1970 fue la embestida del

capital que para la década de 1980 se conocería como la «contrarrevolución neoliberal», que tomó la forma de medidas de ejecución destinadas a resolver la crisis fiscal atribuida al poder excesivo del trabajo y a los costos del programa social de reformas económicas dirigido por el Estado. Otro resultado de la revolución neoconservadora fue la toma y control por parte de agentes del capital del aparato estatal (sustitución de un régimen político progresivo por regímenes neoconservadores al servicio del capital). Otras medidas contra-crisis en los 1970 incluyeron:

1. La estrategia por parte de las empresas multinacionales de desvincular sus operaciones industriales intensivas en mano de obra para reubicarlas más cerca de fuentes de mano de obra más barata, dando lugar a una «nueva división internacional del trabajo».<sup>7</sup>

2. Implementación de nuevas tecnologías posfordistas destinadas a reducir los costos laborales de la producción industrial aumentando la flexibilidad laboral, permitiendo a la dirección contratar y despedir trabajadores según sea necesario, así como para desvincularse de un lugar fijo en el proceso de producción.<sup>8</sup>

3. Introducción de la comunicación y las innovaciones tecnológicas ricas en información diseñadas para aumentar la productividad de la mano

La «edad de oro del capitalismo» (veinte «años gloriosos» de crecimiento económico sostenido) llegó a su fin en una crisis de sobreproducción en todo el sistema, que tuvo un descenso lento en la tasa de la productividad y se redujo la capacidad de consumo en la población, acentuando la crisis.

<sup>5</sup> C. Crouch y A. Pizzorno, *Resurgimiento del conflicto de clases en Europa Occidental desde 1968*, Londres, Holmes & Meier, 1978; Davis, M., «The political economy of late-Imperial America», *New Left Review*, núm. 143, 1984.

<sup>6</sup> J. Rapley, *Understanding development: theory and practice in the third world*, Boulder, Lynne Rienner, 1996.

<sup>7</sup> F. Fröbel, J. Heinrichs y O. Kreye, *The new international division of labour: structural unemployment in industrialised countries and industrialisation in developing countries*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

<sup>8</sup> A. Lipietz, *Mirages and miracles: the crisis of global fordism*, Londres, Verso, 1987.

de obra (progreso tecnológico) —lo que Marx consideraba el «camino revolucionario» hacia el desarrollo capitalista— pero que muchos historiadores entendían como el comienzo de una Cuarta Revolución Industrial. Lo que esto implicaba era la conversión tecnológica del aparato de producción mundial, lo que llevó a lo que la Cepal concibió como una «transformación productiva».<sup>9</sup>

En este contexto de crisis podría argumentar que cada acción estratégica y cambio estructural contribuyeron al avance del capital. Aun así, parece que la combinación de medidas políticas y otras medidas adoptadas no aumentó la productividad general de la mano de obra ni compensó la propensión a la crisis. Esto requeriría una serie de «reformas estructurales» en la política macroeconómica neoliberal —la globalización, privatización, desregulación, liberalización del flujo de comercio y capital— que se implementaron en la década de 1980 en el contexto de la construcción de un «nuevo orden mundial» diseñado para liberar las «fuerzas de la libertad económica» (el mercado, la empresa privada, la libre circulación de capitales) de las limitaciones regulatorias del Estado de desarrollo.<sup>10</sup>

En el relato de Walden Bello de este proceso de «reestructuración neoliberal» tomó la forma de una globalización o «acumulación extensiva», y (a nivel político) de neoconservadurismo (reaganismo-thatcherismo) en el Norte como de un «ajuste estructural» de las políticas macroeconómicas en el Sur. El objetivo, a medida que lo reconstruye, era de «vigorizar la acumulación de capital» mediante *a*) «la eliminación de las restricciones impuestas por el Estado en el flujo libre de capital y riqueza», y *b*) «redistribuir los ingresos de las clases pobres y medias a los ricos con la teoría de que los ricos estarían motivados a invertir y reactivar el crecimiento económico». El problema con esta fórmula «fue que en la redistribución de los ingresos a los ricos (...) los ingresos de las clases pobres y medias fueron destripados, restringiendo así la demanda sin inducir necesariamente a los ricos a invertir más en la producción». Otro problema —una de las características contradictorias del capitalismo en forma de globalización neoliberal— es que la globalización como vía de escape de la crisis de producción del sistema exacerbaba la propensión a la sobreproducción.

Esto se debió a que como estrategia de acumulación extensiva (frente a una estrategia de acumulación intensiva basada en la reestructuración tecnológica y la transformación productiva) se sumó a la capacidad productiva al tiempo que se redujo el consumo. El objetivo estratégico de la globalización y de la rápida integración de las zonas era, a saber, que el capital tuviera acceso a mano de obra barata, a mercados emergentes y a nuevas fuentes de energía (combustibles

fósiles, biocombustibles), a minerales y metales industriales y a productos agroalimentarios. La integración en teoría se llevaría a cabo mediante el Consenso de Washington sobre la necesidad de una liberalización del comercio, eliminando los obstáculos a la movilidad del capital mundial, y de la abolición de los obstáculos a los flujos de capital y la expansión de la inversión extranjera directa (IED). Sin embargo, el resultado de esta estrategia, combinado con un proceso de reestructuración tecnológica y transformación productiva, llegó a ser una expansión de la producción mundial más allá de los límites del consumo, lo que dio lugar a una sobreproducción y a una caída de los beneficios, levantando así otra barrera al proceso de acumulación de capital.

Al respecto, Bello cita el ejemplo de China: «Se ha añadido una enorme cantidad de capacidad de fabricación en China en los últimos 25 años, con un efecto deprimente en los precios (acumulación de capital) y los beneficios en otras partes del sistema». No es de extrañar que Bello tome nota —dada la creciente disyuntiva entre la economía financiera y la economía real— que hacia 1997 la tasa de ganancias de las corporaciones estadounidenses dejó de crecer. Según un cálculo añade: «La tasa de ganancias de las corporaciones de Fortune 500 pasó de 7.2 en 1960-1969 a 5.3 en 1980-1990 a 2.3 en 1990-1999 a 1.3 en 2000-2002».<sup>11</sup> Al mismo tiempo, a medida que Foster y Magdoff<sup>12</sup> reconstruyen los datos, los beneficios financieros literalmente se compararon de 1997 a 2005 a medida que el índice de crecimiento de los beneficios aumentó de alrededor de mil 300 a más de 3 mil (1970 a 100).

A finales de la década de 1990, con un exceso de capacidad en casi todas las industrias, la brecha entre la capacidad productiva y las ventas/consumo en la economía real fue comparable a la depresión de principios de la década de 1930. Mientras tanto, la brecha entre la masa de capital financiero y ficticio acumulado en los mercados de capitales, en gran medida desregulados, y el

<sup>9</sup> Cepal, *Transformación productiva con equidad: la tarea prioritaria del desarrollo de América Latina y el Caribe en los años noventa*, Santiago, Cepal, 1996.

<sup>10</sup> Walden Bello, «The global collapse: a non-orthodox view», *Z Net*, 22 de febrero de 2009, en <http://www.zmag.org/znet/viewArticle/20638>

<sup>11</sup> *Idem*.

<sup>12</sup> J.B. Foster y F. Magdoff, «Financial implosion and stagnation: back to the real economy», *Monthly Review*, vol. 60, núm. 6, 2008, pp. 1-10.



capital invertido en la expansión de la producción y la capacidad productiva se descontroló, alcanzando nuevas alturas, o profundidades. Un indicador de este «desarrollo» —la financiarización de la economía— era que a finales de la década de 1980 se estimaba que el valor de las transacciones financieras de un día en un solo mercado de capital —el mercado de cambio de divisas de Londres— era 25 veces mayor que el valor anual total del comercio mundial, el supuesto motor de crecimiento económico en el modelo neoliberal.

Dados los limitados avances logrados con una estrategia de reestructuración neoliberal y la globalización en contrarrestar el impacto depresivo de la sobreproducción, la financiarización fue vista por algunos economistas como otra vía de escape de la propensión hacia la crisis. Con los bajos beneficios en la inversión de capital en la industria y la agricultura debido al exceso de capacidad, grandes cantidades de fondos excedentes fueron reinvertidas en el sector financiero, lo que —como argumentó Bello— «se volvió en sí mismo» con el resultado contradictorio de aumentar dramáticamente la creciente brecha entre una economía financiera hiperactiva y una economía real estancada, y una mayor propensión a la crisis, o como Bello indicó, una «implosión financiera».<sup>13</sup>

### De la crisis financiera global a la crisis sistémica de capitalismo globalizante

Uno de los resultados de las «reformas estructurales» implementadas en la década de 1980 en el marco institucional del nuevo orden mundial fue la destrucción de las fuerzas de producción acumuladas en la agricultura y la industria en las periferias del sistema a lo largo de tres décadas de desarrollo gestionado por el Estado. Otros resultados incluyeron una «década perdida para el desarrollo» (cero crecimiento económico) en las periferias latinoamericanas y africanas, y en la década de 1990 una afluencia masiva de capital en forma de inversiones extranjeras directas (IED) a gran escala en la adquisición de tierras —aca-

paramiento de tierras en el discurso de estudios agrarios críticos— y la extracción de recursos naturales con el propósito de exportarlos en forma primaria (para satisfacer la demanda de estos recursos en los mercados capitalistas).

El cuadro 1 proporciona una representación gráfica, aunque esquemática, de este flujo de capital liberado de las restricciones regulatorias del estado de desarrollo. Proporciona una indicación de la magnitud de estos flujos (un aumento de seis veces en el flujo de IED de 1990 a 1996) y su distribución sectorial. Esto incluye una preferencia por el capital «extractivo», capital en búsqueda de recursos naturales para capturar las superganancias posibles en el sector extractivo en forma de plusvalía y rentas de suelo y recursos.

**Cuadro 1.** Distribución porcentual de la IED por sector en América Latina

	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008
<i>Recursos</i>	10	12	12	11	12	13	12	15	30
<i>Industria</i>	25	26	38	35	38	37	36	35	22
<i>Servicios</i>	60	61	11	48	46	48	51	49	47

Fuente: M. Arellano, «Canadian foreign direct investment in Latin America», *Background Paper*, North-South Institute, Ottawa, 2010. Con datos de Cepal, *La inversión extranjera directa en América Latina y el Caribe*, Nueva York, Naciones Unidas, 2010.

En el contexto del nuevo milenio, la preferencia del capital de búsqueda de beneficios para las inversiones en recursos naturales sobre las oportunidades económicas que ofrecen los servicios y la manufactura había creado una situación completamente nueva para el desarrollo capitalista en la periferia latinoamericana.<sup>14</sup> Sobre las dinámicas de esta nueva geoeconomía de capital y el resumen del debate a continuación.

Otro «desarrollo» asociado a la construcción del orden mundial neoliberal fue el surgimiento de una tendencia hacia la financiarización, que se reflejó en una disyuntiva y desconexión entre la economía real (basada en las actividades productivas de diferentes clases de actores económicos y la inversión de capital industrial) y una superestructura financiera basada en gran medida en la base del capital financiero ficticio, el capital que circula en los mercados monetarios y que es invertido en diversos instrumentos financieros, contratos futuros de materias primas, etcétera. En el transcurso de la década y de las siguientes dos décadas de desarrollo capitalista, esta desconexión —que se refleja en el mayor alcance, poder y hegemonía del capital financiero— propagó las fuerzas del cambio que impulsaron el surgimiento en los años ochenta y noventa de un ciclo de crisis financieras cada vez más acelerado que

<sup>13</sup> Véase también a Samir Amin, *The implosion of capitalism*, Londres, Pluto Press, 2013.

<sup>14</sup> Raúl Zibechi, «La nueva geopolítica del capital», *ALAI, América Latina en Movimiento*, Le Monde Diplomatique Colombia, abril de 2012.

culminó con el surgimiento de la llamada «crisis financiera global» en 2008-2009 debido a la debacle de las hipotecas de alto riesgo.<sup>15</sup>

Como Walden Bello reconstruyó este ciclo de crisis financieras él se remonta al efecto depresivo de la financiarización y el poder creciente asociado con la hegemonía del capital financiero sobre la tasa de ganancia, es decir, sobre los rendimientos de las inversiones realizadas por el capital industrial y, por lo tanto, el proceso de acumulación de capital. Como lo ve Bello, la financiarización fue una vía de escape para que el capital compensara las ganancias limitadas proporcionadas por la reestructuración neoliberal y la globalización para contrarrestar el impacto depresivo de la sobreproducción en las ventas y las ganancias. En este contexto, significó una respuesta a la tendencia sistémica hacia la caída de las ganancias en los sectores productivos de la economía global debido al retraso en el crecimiento de la productividad y al exceso de capacidad productiva. En este contexto, grandes cantidades de fondos excedentes se reinvirtieron en el sector financiero, el resultado fue que el propio sector financiero se volcó sobre sí mismo, como lo advierte el mismo autor. A finales de la década de 1990, con un exceso de capacidad en casi todas las industrias, señala Bello, la brecha entre la capacidad productiva y las ventas era comparable a lo observado en la Gran Depresión.

### La anatomía de una crisis sistémica

Al advenimiento del nuevo milenio, la propensión del capitalismo hacia la crisis amenazaba con engullir todo el sistema en forma de lo que algunos han llamado «capitalismo de desastre», otros una crisis global «planetaria» o «civilizatoria». Samir Amin escribiría acerca de una inminente «implosión financiera». En cuanto a esta caracterización y diagnóstico sobre el alcance, la profundidad y las dimensiones potencialmente catastróficas de una crisis sistémica global existe un acuerdo generalizado. Pero no hay acuerdo, de hecho una divergencia considerable, con respecto a la naturaleza y las causas fundamentales de la crisis. Por un lado, están los que ven la crisis como el resultado inevitable de la dinámica fundamental del desarrollo capitalista de las fuerzas de producción, dinámicas que algunos remontan al siglo XIX, otros al siglo XV, es decir, a los inicios de un largo periodo de colonialismo europeo dominado por el capital mercantil y la explotación imperial.<sup>16</sup> Y luego están los que ven la crisis como el resultado de una intervención humana a gran escala y acelerada en los procesos naturales del planeta asociados con lo que se ha descrito como una nueva época geológica: el Antropoceno.

Un diagnóstico crítico de la crisis global, la noción del Antropoceno, nos desafía a pensar en el problema socioecológico de la crisis global en

términos de la idea de que la humanidad, ya sea en la década de 1950, según un grupo de científicos climáticos junto con la Universidad de Leicester, la University College London y el Servicio Geológico Británico bajo el liderazgo de Jan Zalasiewicz,<sup>17</sup> o según el historiador marxista J.W. Moore<sup>18</sup> hace unos 500 años, ha cruzado un umbral que nos enfrenta a una crisis de proporciones globales que es cada vez más impredecible, una crisis de humanidad, de *anthropos* entendida en términos genéricos. Y en la medida en que los actores económicos y políticos dominantes siguen promoviendo modelos de desarrollo insostenibles, no sólo la vida humana está amenazada, sino también la de otras especies y del sistema de la Tierra en su conjunto. En consecuencia, como diagnóstico crítico, el enfoque sobre el Antropoceno es cuestionar la lógica de la acumulación incesante y el crecimiento económico basado no tanto en la explotación del trabajo, sino en una explotación intensiva de la naturaleza hasta el punto de empujar el sistema más allá de sus límites de capacidad de carga.

La segunda perspectiva y la narrativa sobre la naturaleza de la crisis global se basan en la dinámica de crisis del capitalismo, dinámica que se origina y se puede remontar a contradicciones que son endémicas del sistema. Existe un debate en curso sobre la naturaleza de estas contradicciones,<sup>19</sup> pero existe el consenso de que implican tanto el proceso de desarrollo capitalista —el impulso a la acumulación como la mercantilización de todos los factores de producción— como la base ecológica tanto del sistema capitalista mundial como de la viabilidad tanto de la actividad humana como de la vida tal como la conocemos. En esta línea, el enfoque de muchos estudios sobre la economía política y la ecología del desarrollo capitalista se ha centrado en lo que el economista e historiador no marxista Thomas Piketty ha descrito como la contradicción fundamental del capitalismo, es decir, la propensión

<sup>15</sup> J.B. Foster y F. Magdoff, *op. cit.*; M. Konings (ed.), *Beyond the subprime headlines: critical perspectives on the financial crisis*, Londres, Verso, 2010.

<sup>16</sup> N. Girvan, «Extractive imperialism in historical perspective», en James Petras y Henry Veltmeyer (eds.), *Extractive imperialism in the Americas*, Leiden, Brill Books, 2014.

<sup>17</sup> Maristella Svampa, *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina*, Bielefeld University Press, 2019, pp. 104-107.

<sup>18</sup> J.W. Moore, «El auge de la ecología-mundo capitalista (I)», *Laberinto* 38, pp. 9-26.

<sup>19</sup> Véase J.B. Foster, «Capitalism and ecology: the nature of the contradiction», *Monthly Review*, vol. 54, núm. 4, 2002, pp. 6-16.

a la desigualdad o el desarrollo desigual expresada tanto en una desigualdad o desarrollo desigual (de las fuerzas productivas) como en desigualdades sociales por la mala distribución de la riqueza y el ingreso, cuyas condiciones y extremos se pueden rastrear en el nivel de las relaciones internacionales y dentro de los países que se encuentran en el centro del sistema y sus periferias.<sup>20</sup>

Una serie de estudios recientes ha documentado las dimensiones de crisis de esta propensión y el papel de la globalización neoliberal, las políticas exigidas en virtud del Consenso de Washington sobre las virtudes del capitalismo de libre mercado, al acelerar una tendencia en todo el sistema hacia el aumento de las desigualdades en los extremos del desarrollo desigual, la profundización de la pobreza y la concentración de los ingresos y la riqueza.<sup>21</sup> Según Oxfam<sup>22</sup> la tendencia hacia el aumento de las desigualdades sociales ha avanzado hasta el punto de que en 2018 sólo 42 personas poseían y se deshicieron de la misma riqueza que 3 mil 700 millones de personas en el sistema mundial y 1% más rico se sigue apropiando de la mayor parte de la riqueza total, hasta 90% de toda la riqueza generada en las últimas dos décadas.

<sup>20</sup> Sobre estas desigualdades y acontecimientos asociados véanse, entre otras, Cepal, *La inversión extranjera directa en América Latina y el Caribe*, New York, Naciones Unidas, 2010; Oxfam, «Una economía al servicio de 1%. Acabar con los privilegios y la concentración de poder para frenar la desigualdad extrema», 2016b, en [https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/file\\_attachments/bp210-economy-one-percent-tax-havens-180116-es\\_0.pdf](https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/file_attachments/bp210-economy-one-percent-tax-havens-180116-es_0.pdf); Yitzhaki Milonovic y S. Yitzhaki, «Decomposing world income distribution: does the world have a middle class?», *Review of Income and Wealth*, vol. 48, núm. 2, 2002, pp. 155-78; T. Piketty, *Capital in the twenty-first century*, Harvard University Press, 2014; y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Informe sobre desarrollo humano*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

<sup>21</sup> El PNUD, en un informe publicado en 2010, hizo una clara conexión entre la problemática de la desigualdad de pobreza y la agenda política. En las palabras del Informe existe una «correspondencia directa entre el avance de la globalización, el neoliberalismo y el avance de la desigualdad social en la pobreza, la inequidad social». El informe concluye que «las contradicciones más explosivas (...) se dan porque el avance de la globalización [neoliberal] marcha de la mano con el avance de la pobreza y la polarización sociales» (PNUD, *op. cit.*, p. XV).

<sup>22</sup> Oxfam, «Reward work, not wealth to end the inequality crisis, we must build an economy for ordinary working people, not the rich and powerful», *Oxfam Briefing Paper*, Oxford, 2018.

La riqueza mundial está centrada geográfica y socialmente, particularmente y cada vez más en la era neoliberal del desarrollo capitalista. Según el Credit Suisse,<sup>23</sup> América del Norte, con aproximadamente 6% de la población global del planeta, concentra más de 36% de la riqueza total. Al mismo tiempo, la India, con aproximadamente 16% de la población mundial, posee alrededor de 3% de la riqueza total, mientras que África, con 13% de la población total, tiene menos de 2%. Mientras que 36 millones de personas, 0.7% de la población mundial, poseen 45.5% de la riqueza mundial, 3 mil 500 millones de personas, 70% de la población total, poseen sólo 2.7% de la riqueza mundial. En el contexto latinoamericano, varios estudios inspirados en la obra de Piketty<sup>24</sup> concluyeron que en los casos típicos de Argentina, Brasil, Chile y Colombia 1% más rico de la población se apropiaba de 23% a 30% de los ingresos nacionales generados entre 2006 y 2012 en el apogeo del auge de los *commodities* y el coincidente ciclo progresivo. Estos y otros estudios<sup>25</sup> también concluyeron que el éxito de los gobiernos formados en el ciclo progresivo para lograr una reducción de la tasa de pobreza mediante una estrategia neoextractivista no se correspondía con una reducción de las desigualdades sociales en la distribución de la riqueza, la tierra y los ingresos. A este nivel (la estructura de la desigualdad social) persiste el «predicamento de la desigualdad» y la pobreza, y la región sigue siendo la más desigual del mundo, con las manifestaciones correspondientes de una propensión a una aguda crisis social.

En el otro extremo de la concentración global de la riqueza y la distribución del ingreso se estima que, a pesar del rápido crecimiento económico en algunas macro regiones y la multiplicidad de esfuerzos en las últimas dos décadas en la guerra contra la pobreza mundial, de 950 millones a mil 300 millones de personas en todo el mundo todavía viven en condiciones de pobreza extrema, es decir, con menos de un dólar al día, y por lo tanto son incapaces de satisfacer sus necesidades humanas básicas. Esto significa que casi 800 millones de personas no reciben suficiente comida y alrededor de 500 millones de personas están crónicamente desnutridas, una crisis social de proporciones globales. De hecho, más de un tercio de los niños de este mundo están desnutridos. Más de 840 millones de adultos, de los cuales 538 millones son mujeres, son analfabetos, y mil 200 millones de personas viven sin acceso a agua potable. Estos son algunos de los hechos básicos y cifras relacionados con lo que Piketty nombra la «contradicción central del capitalismo»: la desigualdad, lo que se manifiesta no sólo en la dinámica del desarrollo desigual en las relaciones Norte-Sur y en la distribución de la

<sup>23</sup> Credit Suisse Research Institute, *Global Wealth Report*, 2017, en [https://d1tn3vj7xz9fdh.cloudfront.net/s3fs-public/file\\_attachments/bp-rewardwork-not-wealth-220118-en.pdf](https://d1tn3vj7xz9fdh.cloudfront.net/s3fs-public/file_attachments/bp-rewardwork-not-wealth-220118-en.pdf)

<sup>24</sup> G. Kessler (ed.), *La sociedad Argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura*, Buenos Aires, Siglo XXI/OSDE, 2016; R. Zibechi, «Luces y sombras de la década progresista», *La Jornada*, 31 de diciembre de 2010.

<sup>25</sup> Por ejemplo Maristella Svampa, *op. cit.*

riqueza y los ingresos, sino en las desigualdades ambientales, es decir, las asimetrías en el poder de disponer y beneficiarse de activos que son esenciales no sólo para la producción económica sino para la vida humana; los activos naturales como el agua, el suelo y la energía que forman parte de los bienes comunes globales bajo el capitalismo se transforman en productos básicos. Y además de estas desigualdades sociales y ambientales están las asimetrías de poder relacionadas con el daño ambiental causado por las operaciones destructivas del capital extractivo. En el caso del extractivismo en la gran minería a cielo abierto se trata de ambas dimensiones de la desigualdad, la social y del medioambiente. La extracción de recursos naturales implica tecnologías y métodos que provocan graves daños al medio ambiente: el uso de grandes cantidades de agua, la contaminación con productos químicos, la quema de gas, etcétera. Y debido a la probabilidad de derrames de gas y petróleo, los daños ambientales asociados con el transporte de petróleo desde sitios de extracción a mercados distantes a través de oleoductos y camiones cisterna representan una amenaza para las comunidades locales y el medio ambiente.

### **Pensando la crisis**

La «triple coyuntura» de la crisis mundial discutida por Gills<sup>26</sup> en una evaluación del estado actual del sistema capitalista global se basa en la interacción entre tres vectores de la crisis global, que constituyen conjuntamente una crisis del orden mundial capitalista. Como Gills lo entiende los vectores de la crisis son: a) la crisis social causada por la contradicción fundamental del sistema capitalista, es decir, la desigualdad en condiciones de la globalización neoliberal; b) la crisis del cambio climático y la descomposición ecológica; y c) la actual pandemia mundial de la COVID-19.<sup>27</sup> Las tres dimensiones de la crisis, argumenta Gills, están profundamente interrelacionadas y ahora interactúan rápidamente para

empujar el sistema hacia una implosión o un apocalipsis: el capitalismo de desastre, como algunos lo ven. Sus efectos combinados —y aquí nos llevan a las predicciones antiguas de la izquierda de un colapso inminente del sistema— producirán una transformación sistémica radical. Pero, ¿cuál es la evidencia y la base de esta predicción? Parece que Gills en este punto vuelve a la posición de los críticos reformistas de finales del siglo XIX que hacen hincapié en las dinámicas estructurales del sistema, descontando el poder de la resistencia organizada al avance del capital y la necesidad de una acción transformadora, ¿asumieron que el sistema capitalista simplemente colapsaría bajo el peso de sus contradicciones internas combinadas?

Esto no está claro en absoluto, pero parece que Gills confía en el efecto transformador de una acumulación de condiciones objetivas que son catastróficas en sus implicaciones y han asumido proporciones globales —un capitalismo de catástrofe. Por un lado, observa que ninguno de los tres vectores de la crisis son fenómenos a corto plazo, y que en su interacción se han «acelerado y ampliado las tendencias destructivas del sistema dramáticamente en las últimas décadas». En cuanto al evidente aumento reciente en la aceleración de la velocidad y el alcance de tal destructividad, Gills argumenta que este fenómeno está «estrechamente relacionado con el inicio y la profundización de la globalización económica neoliberal en las últimas décadas, que ha sido un motor crucial del cambio climático y la crisis ecológica global». Aunque en este punto Gills exagera claramente el impacto generador de crisis de la dinámica de la globalización neoliberal, en su reconstrucción de estas dinámicas en el contexto actual argumenta que «todas las tendencias entrópicas acumulativas del tiempo histórico se están combinando y comprimiendo en el presente». El mundo tal como lo conocemos, concluye, literalmente se está desmoronando. Estamos viviendo en lo que Gills, siguiendo a Samir Amin, ve como una «gran implosión».

### **La coyuntura actual de la crisis en América Latina**

América Latina, en el proceso actual de desarrollo capitalista, se encuentra sumergida en una vorágine de fuerzas de cambio social generadas por la interacción coyuntural de diversas dinámicas de una crisis de múltiples facetas y dimensiones. Estas dinámicas en mayor parte existieron antes de la emergencia de la pandemia de la COVID-19, pero la pandemia a su vez ha agravado las condiciones de estas crisis prepandemia y ha desnudado las contradicciones del sistema. Por un lado, la pandemia está iluminando las enormes disparidades de clase y desigualdades que existen en la región. Por otro lado, la pandemia entró en una región que ha sido azotada por una serie de crisis preexistentes —económicas, políticas, sociales y ecológicas—, así como una oleada de rebeliones populares en contra de las fuerzas de desarrollo capitalista. La cuestión es ¿cómo interactúa la pandemia con estas

<sup>26</sup> B. Gills, «Deep restoration: from the great implosion to the great awakening», *Globalizations*, 1 de abril de 2020, DOI: 10.1080/14747731.2020.1748364

<sup>27</sup> *Idem*.





crisis preexistentes y exacerba las condiciones que resultan de ellas?

Un elemento importante para destacar es que en condiciones de un viraje a la derecha del péndulo de la política electoral durante los últimos años muchas de las principales economías de América Latina (Venezuela, Brasil, Argentina, en muchos aspectos también México), junto con muchas de sus economías más pequeñas, ya estaban experimentando severas tendencias recesivas o de bajo crecimiento. Así que hubo una crisis económica o recesión preexistente o latente en gran parte de la región que fue en sí misma una especie de reverberación retrasada de la crisis de 2008, y más significativa aún, de una crisis social con sus raíces en la política macroeconómica de un ajuste estructural a los requerimientos del nuevo orden mundial implantados en América Latina en las décadas de 1980 y 1990.<sup>28</sup>

Ese retraso en la reverberación de esta crisis incipiente fue importante en al menos dos aspectos. En primer lugar, había principalmente gobiernos de centroizquierda en el cargo (o los cargos) cuando la crisis comenzó a afianzarse en América del Sur alrededor de 2012 y hasta 2015. Y, en segundo lugar, los gobiernos progresistas que estaban en el poder se desplazaron hacia la derecha, implementando medidas abiertas o encubiertas de austeridad en respuesta a la crisis, perdiendo

en el proceso importantes extensiones de sus bases sociales populares. Como resultado, estos gobiernos fueron debilitados significativamente en términos políticos por esa crisis, abriendo oportunidades para las fuerzas de la derecha, que ganó las elecciones en un país tras otro. Y donde no pudo ganar electoralmente tomó el poder a través de un resurgimiento de golpes de Estado duros (como en Honduras en 2009), golpes suaves (como en Brasil en 2016) o alguna mezcla de los dos (Bolivia en 2019).

Todo esto fue prepandemia. Así que la pandemia aparece en una situación en la que se tienen tres dinámicas en marcha a la vez: gobiernos de derecha recién formados en muchos países (Venezuela y México son la excepción a esta regla); gobiernos de centro izquierda debilitados y con una inclinación hacia la derecha (por ejemplo Argentina); y, la principal fuente de esperanza para la izquierda, la recuperación de sus fuerzas del movimiento laboral en Argentina y la emergencia de nuevos movimientos sociales que están cobrando fuerza en países como Chile y Colombia. Esta nueva ola de protesta, incluidas las explosiones populares en Ecuador, Colombia y Puerto Rico en 2019 (como parte de un levantamiento internacional en protesta radical), pero también en otras partes de la región en una escala menos visible, rara vez estaba conectada o bien integrada en cualquier formación de izquierda tradicional, especialmente dada la relativa deslegitimación de los partidos de centro-izquierda e izquierda de su reciente tiempo en el cargo en una serie de

La pandemia está iluminando las enormes disparidades de clase y desigualdades que existen en la región; además de que entró en una región que ha sido azotada por una serie de crisis preexistentes —económicas, políticas, sociales y ecológicas— así como una oleada de rebeliones populares en contra de las fuerzas de desarrollo capitalista.

<sup>28</sup> J. Webber, «Choosing between life and capital in Latin America», *The Bullet*, 20 de mayo de 2020, en <https://socialistproject.ca/2020/05/choosing-between-life-and-capital-in-latin-america/#more>

casos.<sup>29</sup> En el centro de la ola de protesta en muchos lugares ha habido un renacimiento del feminismo popular con una intensidad y profundidad tal vez sin precedencia histórica en la región, y luchas ecológicas y ecoterritoriales en la frontera extractiva.

Estas eran dinámicas políticas pre-pandémicas prominentes. Cabe destacar, como enfatiza Webber, que los nuevos gobiernos de derecha están muy lejos de disfrutar de algún tipo de nueva hegemonía, en el sentido de reemplazar la vieja hegemonía de centroizquierda lograda en el apogeo del auge de los *commodities*. Por lo general, han tenido dificultades para gobernar con índices de aprobación muy bajos. En parte, esto se debe a que no pudieron generar una especie de renovación del dinamismo capitalista, o una salida a la crisis económica. Así, a medida que llega la pandemia viral, está interactuando con este escenario político-económico además de una coyuntura difícil de crisis en el sistema capitalista a escala mundial.

Es necesario relacionar la crisis que está experimentando América Latina con la crisis sistémica del capitalismo a escala mundial. El antecedente inmediato se encuentra en el vínculo entre el crecimiento en la región experimentado entre 2003 y 2011 y la dependencia de ese fenómeno con la dinámica externa que respondía a la rápida industrialización de China y a la consecuente demanda y altos precios de las materias primas suministradas por los países latinoamericanos. Las últimas proyecciones del Fondo Monetario Internacional sugieren un crecimiento mundial de 3% en 2020, lo que representa una contracción de seis puntos porcentuales respecto a la tasa de crecimiento de 2.9% de la economía mundial en 2019. En condiciones de la pandemia el Banco Mundial prevé una caída del comercio mundial de entre 13% y 32% este año, que va a tener un impacto muy negativo en cuanto al desarrollo capitalista en la región. Por su parte, los precios de los *commodities* de materia prima, encabezados por el desplome de los precios del petróleo, se desplomaron en un récord de 20% en marzo —y en condiciones de la pandemia bien se puede esperar una profundización de esta crisis económica.

Estos fenómenos económicos a escala mundial han encontrado rutas de transmisión particulares a América Latina: caída de los precios de exportación tanto de productos primarios como de productos manufacturados; una disminución de las condiciones comerciales de la región, el colapso de las remesas por trabajo migratorio, una fuga de capitales y un colapso en el turismo.<sup>30</sup> En este panorama de crisis la Cepal prevé una contracción extraordinaria en 2020, con una tasa de crecimiento agregado de -5.2%, muy por debajo de los ritmos proyectados en África, Asia Meridional u Oriente Medio.

En este contexto de crisis exacerbada por la pandemia de la COVID-19, la condición social de la población en América Latina, que ha experimentado un deterioro apreciable desde el fin del ciclo progre-

sista, se ha vuelto muy grave. Por un lado, se han revertido las mejoras significativas logradas por los gobiernos progresistas en la tasa de pobreza y en las desigualdades en la distribución del ingreso. En mayo de 2020 la Cepal publicó una proyección de los aumentos esperados de la pobreza en 2020, sobre la base de su cálculo conservador de lo que constituye la pobreza. El informe sugiere que habrá 28.7 millones de personas más pobres y 15.9 millones más de personas extremadamente pobres en la región para fines de este año. Sumado al número existente de personas empobrecidas y extremadamente empobrecidas, la cifra total proyectada de personas pobres para fines de 2020 es de 214.7 millones, o 34.7% de la población de la región, y un total de 83.4 millones de personas extremadamente pobres.

Para empeorar las cosas, junto con la crisis económica, existen las continuas contradicciones ecológicas del capitalismo extractivo. Como han señalado Robert Wallace<sup>31</sup> y otros, las transformaciones estructurales en los sectores extractivos como la agroindustria en todo el mundo, y los patrones asociados de hiperdeforestación planetaria, etcétera, están profundamente asociados con los orígenes de la COVID-19 y las posibles amenazas virales futuras de una variedad similar. No es casualidad que dentro de la dinámica del capitalismo mundial algunas de las luchas sociales y conflictos más potentes de América Latina entre la reproducción de la vida y los ecosistemas, por un lado, y los intereses del capital, por otro lado, en los últimos años se han enraizado en aquellos sectores que expresan las manifestaciones regionales particulares de los avances de capital extractivo en el proceso de desarrollo: la agroindustria con monocultivo, la extracción de petróleo, gas natural y minerales. Tales campos de batalla en el mundo de hoy, tanto en América Latina como en las otras macro regiones del sistema mundial capitalista, están asumiendo dimensiones novedosas en este contexto de crisis.

<sup>31</sup> R. Wallace, «Capitalist agriculture and COVID-19: a deadly combination», *Climate & Capitalism*, 11 de marzo de 2020, en <https://climateandcapitalism.com/2020/03/11/capitalist-agriculture-and-covid-19-a-deadly-combination>

<sup>29</sup> *Idem.*

<sup>30</sup> *Idem.*

## Conclusión

¿Qué se puede concluir de esta revisión esquemática de la dinámica de crisis del desarrollo capitalista en el contexto regional actual? Primero, es preciso distinguir más claramente entre la dinámica de la era geológica actual, el Antropoceno, en el que la actividad humana ha sido sin duda la influencia dominante sobre el clima y el medio ambiente, y la dinámica contemporánea del desarrollo capitalista, que informan sobre el impacto destructivo del capitalismo extractivo sobre el medio ambiente y los medios de vida: en las comunidades indígenas y agrícolas que se encuentran en la frontera extractiva, en los márgenes y periferias del sistema capitalista mundial. La razón de esto es que las fuerzas de cambio transformador, cuyas condiciones (desarrollo, resistencia) son generadas por la dinámica de crisis del sistema, requieren no sólo una acumulación y concentración de condiciones objetivas (fuerzas de desarrollo capitalista), sino también humanas o agencias sociales, fuerzas de resistencia al avance del capital y sus impactos destructivos.

Como argumentan Barkin y Sánchez,<sup>32</sup> en el contexto latinoamericano estas fuerzas de resistencia están estrechamente vinculadas a la dinámica del desarrollo capitalista en coyunturas es-

pecíficas y situaciones concretas de lucha activa: la lucha de clases por la tierra y el trabajo; y, en el contexto actual, la lucha ecoterritorial de las comunidades en la frontera extractiva. Antes de entrar en la materia puede suponerse, como argumentó Marx en un contexto histórico diferente, que cada ciclo en el desarrollo capitalista de las fuerzas de producción, y cada avance del capital en el proceso de desarrollo, genera fuerzas de resistencia que pueden movilizarse hacia la derecha o la izquierda por movimientos sociales que encarnan estas fuerzas. La dinámica contemporánea del desarrollo capitalista en la frontera extractiva, y el ciclo correspondiente de resistencia en América Latina, proporciona una amplia evidencia de esta obviedad. El problema es determinar el resultado de esta correlación de las fuerzas de clase: las fuerzas del desarrollo capitalista que empujan en una dirección (la crisis, daño ambiental) y las fuerzas de la resistencia, que empujan en la dirección posneoliberal o posdesarrollo capitalista, así como la esquivada búsqueda de justicia social y ambiental; pero esto no se puede determinar teóricamente, y requiere una mirada más cercana y más estudio e investigación desde una perspectiva crítica o alternativa de desarrollo. 🐦

---

El problema es determinar el resultado de la correlación de las fuerzas del desarrollo capitalista que empujan en una dirección (la crisis, daño ambiental) y las fuerzas de la resistencia, que empujan en la dirección posneoliberal o posdesarrollo capitalista, así como la esquivada búsqueda de justicia social y ambiental.

<sup>32</sup> D. Barkin y A. Sánchez, conferencia «The collective revolutionary Subject: New forms of social transformation. Unedited paper for Revolutions», *Winnipeg*, septiembre de 2017.

